

Sociólogo de campo: profesión y vocación

Jean-Pierre Faguer*

Traducción: Matilde Balduzzi**

El socioanálisis, en Pierre Bourdieu, es inseparable del trabajo de investigación sobre el mundo social¹, dicho de otra manera, el conocimiento del objeto estudiado es inseparable de los intereses (afectivos, intelectuales o sociales) con los que el sociólogo inviste su investigación y que son, muy a menudo, las propiedades más ocultas del objeto: la “jerarquía” social de los temas de investigación (“vulgares” o socialmente gratificantes) y de las técnicas de objetivación (entrevistas grabadas o filmadas, cuestionarios, análisis estadísticos, etc.), las formas de escritura (científicas, literarias, etc.) y los modos de cooperación entre investigadores (rigidez de la división del trabajo o polivalencia de las tareas).

El acento puesto sobre el socioanálisis adquiere sentido en una perspectiva histórica: la historia del “equipo Bourdieu” como “intelectual colectivo” (cuyo núcleo está constituido, desde el inicio de los años 1960, por el Centre de Sociologie Européenne y, a partir de 1975, en torno de la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*) tiene como contexto un momento muy particular de la historia de las ciencias sociales: el del renacimiento, en Francia, de la sociología como disciplina

* Miembro del Centre de Sociologie Européenne, París, Francia.

E-mail: faguer@msh-paris.fr

** Lic. en Psicología. Magíster en Educación con mención en Psicología Educacional. Docente del Departamento de Psicología e investigadora del Núcleo de Estudios Educativos y Sociales (NEES) de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina.

e-mail: mabal@fch.unicen.edu.ar

universitaria en el marco de la creación de un conjunto de profesiones vinculadas a las transformaciones del mundo económico y de los vínculos del Estado con la universidad. La planificación de las ciencias sociales –fórmula movilizadora de la investigación en el comienzo del Gaullismo– fue generadora de nuevas profesiones vinculadas al Estado y a las nuevas formas de gestión del mundo económico: psicólogos², encargados de estudios, especialistas en sondeos, estadísticos, trabajadores sociales, educadores y animadores culturales. En síntesis, un conjunto de profesiones que reagrupan a los “expertos” de aquello que se llamaba, en los años 1960, los “problemas sociales”. Este contexto particular explica, en lo esencial, que los investigadores que pertenecen a esta generación “pionera” de la invención de la sociología empírica tuvieran perfiles intelectuales muy heterogéneos y que hayan sido tentados a identificarse con modelos de “autodidactas” del mundo social tan opuestos como los modelos que estaban en boga en el mundo militante y en el mundo artístico o literario³; en los dos casos, debían romper con el modelo académico del filósofo (de preferencia normalista) representado en la época por Sartre⁴. Este trabajo de desinversión del modelo del “intelectual puro”⁵ (aunque políticamente “comprometido”), requisito de un trabajo de reconversión de las aptitudes escolares valorizadas por los centros de excelencia del sistema universitario, implicaba un “trabajo sobre el habitus” que facilitaba las trayectorias sociales relativamente desviadas (o marcadas por rupturas biográficas familiares o escolares en relación con los cánones del modelo de la meritocracia escolar⁶ de los años 1880-1960).

Desde este punto de vista, la sociología francesa tenía puntos en común con “los mundos del arte” descritos por H. S. Becker⁷ (2006); con apenas una diferencia, la división del trabajo se estimaba, en sociología, más sutil, como puede observarse en esta descripción de las “maneras de hacer” y del “espíritu” de la investigación durante los primeros años de la Revista *Actes de la Recherche*, donde cada uno debía dar prueba de polivalencia: “Se hacía todo a mano. Era antes de las computadoras de escritorio cuya irrupción en nuestro entorno, durante la primera mitad de la década de 1980, iba a cambiar, para bien o para

mal, las condiciones de nuestro trabajo e incluso, es preciso decirlo, nuestras vidas, que se volverían entonces más autónomas y más veloces, también más competitivas y más solitarias, quebrando el trabajo de equipo, con sus discusiones y sus momentos de franca diversión, se nos dejaba creer, por un momento, que uno lo podía hacer todo por sí mismo, que ya no eran necesarios los otros, que cada uno, a solas, era el equipo, que cada uno era muy poderoso. (...) Por lo tanto, máquinas de escribir, una fotocopidora, papel, tijeras, goma de pegar, y eso era todo. (...) Era indisociablemente un trabajo de redacción, de puesta en forma y de puesta en página: de composición. El material de base necesario para fabricar cada artículo era heterogéneo: texto principal, textos anexos, documentos, fotografías, dibujos, etc. Este trabajo de composición se hacía colectivamente, en el transcurso de largas sesiones de trabajo, a menudo de noche” (Boltanski, 2008).

Sería inexacto, como se ve, para los investigadores de mi generación, reducir únicamente a obligaciones institucionales las características principales del “saber hacer” sociológico. Es preciso buscar, contra el enfoque de las propiedades de un *habitus* colectivo, la razón de ser principal de los límites y de las “elecciones” científicas y profesionales de nuestras trayectorias de investigadores. Al menos hasta fines de los años 60, la sociología se caracterizaba, en efecto, por un débil grado de institucionalización⁸, lo que puede explicar a la vez la poca homogeneidad en las formaciones de los investigadores, la diversidad de sus trayectorias así como la gran heterogeneidad de las “producciones científicas”. Son numerosos los sociólogos que entraron en la profesión antes de los años 70, que se describieron como autodidactas⁹. En Francia, la sociología empírica no tenía existencia institucional verdadera si se entiende por eso la existencia de un verdadero curso de formación, modelos a imitar dejados por las generaciones precedentes¹⁰ y, finalmente, salidas profesionales cuyos criterios de reclutamiento y de éxito se apoyan precisamente sobre una deontología profesional específica¹¹.

Desde este punto de vista, el marco en el cual las investigaciones presentadas aquí toman sentido podrían inscribirse en una “gramática de las faltas”¹² para retomar la expresión de un lingüista que pensaba que

el buen uso de la lengua no se reduce a la observación de las reglas: se trata en efecto, menos de describir normas constituidas en “recetas” que prácticas que fijan “obligaciones”, “usos posibles”, “problemas a resolver”, “posibilidades estilísticas o temáticas”, y finalmente, “potencialidades a superar”¹³. Sería necesario analizar, en particular, el vínculo entre su propia trayectoria social y la “elección” de objetos de investigación –lo que se puede llamar la dimensión “moral” del trabajo científico¹⁴–; es decir, el conjunto de escrúpulos, formas de vigilancia, atención, pero también formas de sobreinvestidura del “superyo” científico que contribuye a hacer difícil el trabajo de objetivación del mundo social¹⁵. Sería necesario, en principio, reflexionar sobre la “elección” de métodos, el tipo particular de “placer”, de “satisfacción” que cada uno de ellos procura en relación con “lo que se sabe hacer”; es decir, muy frecuentemente en función de una aptitud de dominar un cierto tipo de problemas, aptitud que es el producto de una trayectoria específica de acumulación de un tipo particular de capital intelectual: “el historiador, escribe Everett C. Hughes, ama meter mano en un manuscrito que nadie ha visto antes que él. Necesita sentarse en un rincón aislado y polvoriento entre los archivos para retranscribir ciertos pasajes a mano. Estos son los manuscritos que le interesan, y se enorgullece de saber leer a la vez en las líneas y entre las líneas. El politólogo comparte este interés o esta inquietud en cierta medida, con el matiz de que él prefiere el documento secreto antes que cualquier otro. El psicólogo, más que todos aquellos que se consagran al estudio de los comportamientos sociales, toma como modelo al naturalista que procede a observaciones simplificadas en una situación controlada, es decir, en laboratorio. Los economistas y ciertos sociólogos prefieren recoger de primera mano sus datos bajo formas cuantitativas y a partir de grandes bases de datos. Les gusta manipular tales datos para crear situaciones en que el azar intervenga al máximo, y descubrir luego lo que se descarta¹⁶”.

Trayectoria colectiva

En la lectura de ciertos textos publicados por los colaboradores más próximos de Bourdieu (cf. Bibliografía, sección 2), los sociólogos

debutantes de comienzos de los años 60, pueden dar a los debutantes de hoy el sentimiento de pertenecer a una generación que ha tenido suerte desde el punto de vista de las condiciones de la competencia científica (de donde resulta una sobreinvertidura del rol del trabajo sociológico compatible con una visión desinvertida del estatuto de intelectual¹⁷). Esta suerte ha sido de dos órdenes: por una parte el estado del mercado de las ciencias sociales, al menos hasta 1968, permitió a un cierto número de investigadores que entraron precozmente en la profesión a la edad en que la norma, en particular entre los viejos *khâgneux*^a, era preparar la admisión, familiarizarse temprano con las obligaciones del medio, con sus desafíos, y convertirse, lo cual no era la norma, en investigadores de tiempo completo. Por otra parte, ingresando en las instituciones de investigación recientemente creadas en los márgenes de la universidad, los estudiantes que habían interiorizado, durante sus años de formación, el aprendizaje de la sociología como el aprendizaje de un oficio (con las exigencias de una disciplina a la vez ética y profesional)¹⁸, podían beneficiarse de una distancia al menos relativa con la jerarquía de los objetos científicos propia de un medio universitario, sin renunciar por eso a “importar” las “ambiciones intelectuales” en el abordaje de problemáticas consideradas como menos legítimas (los “jóvenes”, la “tercera edad”, el desempleo, etc.). Dicho de otro modo, les era posible disponer de un espacio de libertad que hiciera posible la búsqueda de temas de investigación a largo plazo, de modo que la competencia, a igual capital escolar, podía parecer menor.

El estado de la sociología empírica era en esa época, como se ve, sensiblemente homóloga a la de toda práctica científica en sus comienzos. Los estudiantes de sociología disponían, por ejemplo, de análisis de las condiciones de éxito de una reconversión científica que podía servir precisamente como modelo a los sociólogos debutantes. En un artículo publicado en 1966 en la *American Sociological Review*, consagrado a los comienzos de la psicología experimental, Joseph Ben-David y Randall Collins no se conformaban con recordar que las condiciones de invención de una nueva práctica científica implica “transferencias” de investigadores surgidos de un campo que ocupa una posición más

legítima en la jerarquía de las disciplinas y dotados, por lo tanto, de un capital científico más alto, hacia un mercado científico en vías de constitución sobre el cual la competencia es menos intensa y sobre el que aportan los instrumentos de trabajo científico más legítimos (es el caso de la reconversión de fisiólogos hacia la psicología); ellos recordaban también, y es quizás la condición más importante, que hacía falta que un “nuevo rol fuese creado”, dicho de otra manera, que un modelo de vida “científica”, un estilo de trabajo, e instancias de reconocimiento, pudieran tomar forma y convertir este nuevo mercado en atractivo y relativamente estable desde el punto de vista de las carreras posibles. La investigación debe ser concebida en toda la acepción del término profesión, es decir a la vez como una vocación, un medio para vivir de su actividad profesional y, finalmente, una instancia de reconocimiento que da sentido a una vida¹⁹. Desde este punto de vista, el mercado de trabajo “de los problemas sociales” podía facilitar a la vez la aceleración de una trayectoria de investigación, en promedio más rápida que en el mundo universitario, y la interiorización de los límites de un trabajo intelectual favorable a la acumulación científica en un campo de la investigación todavía poco institucionalizado. Ofrecía también la oportunidad, quizás única, de una toma de distancia tanto con el modelo del “intelectual puro” representado por la filosofía universitaria como con el modelo del “positivismo del resentimiento”²⁰ en el que corrían el riesgo de quedar atados a los científicos que ocupaban las posiciones dominantes.

Del autoanálisis al análisis de la violencia social

Para cada uno de nosotros,²¹ era evidente que el autoanálisis era inseparable de nuestra relación personal con el mundo social: le daba sentido a un conjunto de trabajos cuya lógica de producción escapaba, en parte, a la libertad del investigador. Por ejemplo, la bibliografía personal adjunta a este texto permite atenuar el riesgo de una visión unitaria, completamente convergente, pero construida “fuera de tiempo”, de un proyecto científico que estaba lejos de ser “lineal”.

Los diferentes “talleres”^b presentados aquí estuvieron abiertos simultáneamente, nutriéndose mutuamente de sus aportes respectivos. Este método de trabajo se apoya sobre un análisis de las condiciones de ejercicio del oficio de sociólogo dando una importancia esencial a las relaciones que todo sociólogo mantiene con una demanda institucional que amenaza con hacerle olvidar la dimensión histórica de los “problemas sociales” que estas instituciones tienen por función estudiar. Una de las principales dificultades que he encontrado está vinculada al hecho de haber debido trabajar sobre temas y con las herramientas heredadas de una situación histórica anterior a la que yo me dirigía a observar. Contratado como debutante, es decir desprovisto de toda experiencia profesional, para realizar encuestas de inserción en la vida activa, fui llevado progresivamente a observar la transformación del mundo del trabajo marcado por la diversificación de formas de empleo precarias movilizándolo una experiencia de “empleos estudiantes” común a un número de viejos militantes e intelectuales de la generación del 68. Estas encuestas que tenían por función “medir” el grado de ajuste de las formaciones a los empleos, si perdían su razón de ser, me daban la oportunidad de estudiar los factores de selección social que implicaba el acceso al salario calificado: de esta manera, fui conducido a interesarme en los efectos de la interiorización de la crisis sobre la transformación de las formas de contrato, a describir la diversificación de las formas de desclasamiento así como sus efectos en la transformación de los lazos familiares y los vínculos entre las generaciones (*Bilan des travaux sur les jeunes et l'emploi*, 1977, reedición con un prefacio inédito, 1997).

Estos estudios realizados durante “los años de crisis” (analizados aquí sistemáticamente como indicios de una crisis del modo de reproducción social) muestran cómo la transformación de las formas de reclutamiento, perceptible en la escala de una generación, contribuyó al desclasamiento de fracciones enteras de la pequeña burguesía y de las clases populares que se habían beneficiado, no obstante, de una promoción aparente por la expansión escolar. Es el caso particular de las grandes empresas que excluyen cada vez con

mayor frecuencia los candidatos con menos diplomas, arrojándolos en el mercado de la precariedad, dicho de otro modo, fuera del trabajo formal. Se crea así un mercado de trabajo acumulando incertidumbre económica y exigencias morales, un mercado que tiende a aproximar los empleos más humildes del mundo de los servicios, al mundo del trabajo social. Los empleos familiares (entre los cuales el más emblemático es el trabajo doméstico) son quizás el caso-límite de un mercado de trabajo que ejerce a la vez presiones económicas y dominación cultural redoblando los efectos del fracaso escolar. Estos empleos que están a medio camino entre los trabajos domésticos (criados) y los empleos de trabajo social o médico (asistente social, enfermera) no se benefician, sin embargo, ni de una verdadera estabilidad económica garantizada, como sucede con los empleos domésticos, por un trabajo de movilización colectiva (organizaciones profesionales, sindicatos, convenciones colectivas, etc.), ni del reconocimiento de una verdadera calificación moral que implicaría, en la relación de trabajo, esa “cortesía sin servilismo” con la cual Goffman definió, en *Asiles*, la relación de las profesiones liberales con sus clientes. Es el caso de los empleos sin calificación reconocida, casi siempre de mujeres, que deben trabajar “con los otros”; esta exposición a un control constante de los empleadores las mantienen sujetas a la imprevisibilidad de su humor.²²

La vida “fuera del trabajo” tiende así, poco a poco, a definir la vida profesional. Los criterios de reclutamiento ligados a la persona (edad, sexo, estado civil, origen étnico o social, para no tomar más que los principales) contribuyen a la segmentación de los mercados de trabajo más dominados. El aumento del desempleo tiende a producir una diversificación de empleos precarios (jóvenes, estudiantes, mujeres, inmigrantes, etc.) que pone cada vez más directamente en competencia estas diferentes categorías de mano de obra a partir de criterios de selección vinculados a las características sociales y biográficas de la persona. Pero, más aún, la crisis del modo de reproducción social, multiplicando el número de desclasados, establece una jerarquía de estos mercados, que orienta las categorías de demandantes

de empleo arrojados por el desempleo hacia formas de actividad profesional inciertas desde el punto de vista de las tareas, de los criterios de calificación y, sobre todo, de la estabilidad del empleo, en síntesis, fuera del mundo del asalariado, con lo que representa el estatuto de asalariado en términos de posibilidades de defensa colectiva y de control del porvenir. Se multiplican así los mercados de la precariedad “de por vida” cuyos criterios de reclutamiento son precisamente los “negativos” de la selectividad del mercado de trabajo calificado, garantizado por los diplomas. Se pasa así insensiblemente de los empleos estables a los empleos temporales, a las “pasantías”, a las “capacitaciones”, al trabajo en negro y a los empleos “asistidos” como los empleos familiares. A la dominación económica directa se agregan, en este caso, los efectos de la dominación cultural. La abnegación y la docilidad exigidas a aquellos que no tienen otra cosa que ofrecer como garantía profesional, arroja a los más desposeídos culturalmente a los mercados de trabajo de la dominación directa, personal, de los pequeños patrones de sectores en decadencia, o más frecuentemente para las mujeres, sobre el mercado de los empleos de servicio próximos a las familias (ayuda doméstica, cuidado de niños, atención de ancianos, etc.) como es el caso de todas las formas de empleo de “proximidad” o “de ayuda a la persona”.

Pero la expansión escolar ha logrado producir otros efectos, más indirectos, sobre la vida profesional: a medida que el mercado de la “precariedad” tendía a unificarse, el modelo del “estudiante” se volvía poco a poco el modelo “positivo” de todas las formas de precariedad, con su estilo de vida de “clase media”, una relación “distendida” respecto al futuro (“para ellos no es más que un juego”), la aceptación de la polivalencia y de la flexibilidad (*L'embauche des jeunes en période de chômage*, 1983). Más aún, el estilo de vida del “eterno estudiante” penetra hasta el corazón del asalariado más calificado como he podido observarlo, con Gabrielle Balazs, en las empresas de alta tecnología con la implementación de técnicas de “gestión participativa” que instituyen formas de evaluación permanente de las competencias (*Une nouvelle forme de management, l'évaluation*, 1996).

Otro conjunto de trabajos me condujo a comparar las formas de desclasamiento de los años sesenta con las que tenía a la vista, treinta años más tarde, y a percibir a los estudiantes desclasados de la generación del 68 como los “precursores” de un modelo que se generaliza actualmente. Con la crisis, las dos versiones de la precariedad tienden a no formar más que un único mercado de trabajo cuyo principio estructurante implica, tanto para las cajeras de supermercado como para los debutantes del trabajo intelectual, abnegación e incertidumbre respecto al futuro. Fui conducido así, a pasar de la sociología del trabajo a la sociología de las generaciones, y a extraer las consecuencias de un desclasamiento del campo de los estudios literarios poco a poco dominado por el campo económico, sobre la biografía profesional y familiar de los bachilleres “de primera generación” (*Khâgneux pour la vie, une histoire des années soixante*, 1995).

Al mismo tiempo busqué construir lo que podría llamarse un mercado escolar de la asistencia a las familias en decadencia que sujeta estrechamente las familias al control por la escuela de las condiciones de su reproducción. Este análisis del poder de delegación familiar a los representantes de las instituciones escolares me llevó desde la observación de las escuelas de empresa, forma de aprendizaje a escala de una escuela y por consiguiente generalizador de las condiciones de aprendizaje doméstico a escala de una gran empresa, es decir, dando acceso a un mercado de trabajo más vasto, más “técnico” y más diversificado que el artesanado (*A l'école de l'entreprise, bac d'entreprise et transformation de l'esprit maison*, 1987), hasta el estudio de colegios religiosos prestigiosos que preparan sus alumnos para las carreras de ejecutivos dirigentes del ámbito privado (*Les effets d'une éducation totale, un collège jésuite 1960*, 1991). Estas monografías dejaban ver los principios de una unificación de los mercados escolar, matrimonial y profesional por la inculcación, en una misma institución, de un *habitus* colectivo “familiarista” mezclando aprendizajes escolares o profesionales y encuadre moral.

La interrelación de estos “objetos parciales” me ha llevado a considerar como objeto unificador la emergencia de un mercado de traba-

jo nacido de las transformaciones históricas de las formas de vida familiar y a analizar los efectos sobre la transformación del mundo de los servicios. La crisis del modo de reproducción social producida por la expansión escolar, transformando la familia tradicional (que pierde el control sobre las herramientas de su propia reproducción tales como la “elección” de una escuela o de orientaciones escolares, el aprendizaje de un oficio o el control de las alianzas matrimoniales), ha transformado las formas de encuadre moral de las familias y de la asistencia a los desclasados a medida que desaparecían las formas de solidaridad de la familia extensa. En particular, para las mujeres, se ha podido observar, en el espacio de una generación, el aumento de las tensiones entre carrera profesional y vida familiar, la vida profesional con tendencia a hacer irrupción en la vida privada (“Epouse et collaboratrice” en: *La Misère du Monde*, 1993).

La declinación del “familiarismo” (vinculada, en parte, a la declinación del campo religioso) ha contribuido a la emergencia de profesionales de “acompañamiento” de los accidentes de la reproducción familiar (fracaso escolar, desempleo, adultos sin recursos o sin domicilio fijo, divorcio, accidentes profesionales o prolongada enfermedad, etc.) surgidos del campo de los oficios de la salud o del trabajo social tales como médicos (escolares, de familia, especialistas en pediatría), fonoaudiólogos, psicólogos de niños, psiquiatras, psicoanalistas, consejeros matrimoniales, educadores, formadores (para solicitantes de empleo), asistentes sociales, jueces (para niños, cuestiones de pareja), etc.

El trabajo de “reparación” de accidentes biográficos producidos por todas las formas de desclasamiento constituye, es evidente, un mercado a la vez económico (los “nuevos” servicios), social (los empleos familiares con vocación moral, desde los acompañantes a las ayudas domésticas, los agentes más dominados del trabajo social) y político (en tanto que clientela “electiva” del encuadre moral cuando la acción política entra en competencia con el mundo religioso, como lo recuerda Max Weber: prédica, sanación de almas, obras de beneficencia)²³.

Dicho de otro modo, la crisis de la familia tradicional “nutre” un mercado de trabajo cuyos límites superan sensiblemente el del merca-

do del trabajo asalariado. Es un mundo “frontera” que une estrechamente clases populares y pequeña burguesía en decadencia, agentes del Estado consagrados al encuadre moral de las familias y agentes del mercado de “servicios” adaptados a las demandas de las familias, trabajadores remunerados y voluntarios de toda clase: militantes políticos, comunitarios o religiosos, que toman poco a poco el relevo de los círculos de amistad y de clientelismo familiar unidos sobre la base de lazos de parentesco.

Las huellas del trabajo

En su entrevista con Yvette Delsaut, Bourdieu subraya que uno de los denominadores comunes del trabajo del “equipo Bourdieu”, era privilegiar los avatares de la investigación a expensas de la “conclusión”, y más generalmente, del “libro total”, modelo del intelectual puro que alienta la competencia universitaria: “de hecho, la lógica del “embrollón”^c, es la de evitar el efecto de cierre que pueden producir ciertos textos muy trabajados. El trabajo hace desaparecer las huellas del trabajo, en beneficio de lo definitivo, de la conclusión (los restauradores han sacrificado a menudo sus más bellos bocetos al gusto profesoral del acabado...)”.

Los modelos de colaboración y de aprendizaje colectivo recibidos de la historia de los movimientos artísticos en ruptura con la pintura académica (pienso en particular en los Impresionistas y, a escala más amplia, en la historia de la fotografía como técnica “auxiliar” de la pintura) han sido para muchos de nosotros esquemas formales, estéticos y relacionales reconvertibles en las “rutinas” del oficio de sociólogo para luchar contra la emergencia de un sociologismo político o académico. El ejemplo más típico: el intento, por parte de los sociólogos de institución, de “desviar” las formas académicas de trabajo, como los informes solicitados por las administraciones o las síntesis de encuestas, para darles a la vez una función polémica y reflexiva; la bibliografía evocada más arriba, al comienzo un pedido, ha sido, para Gabrielle Balazs y para mí, la

ocasión de un análisis crítico de nuestras propias investigaciones en este dominio que tienen por función “hacer ver” el trabajo del sociólogo en su práctica cotidiana.

Las críticas que nosotros formulábamos a propósito del trabajo de otros, las dirigíamos de hecho, también a nosotros mismos. Nuestros análisis se apoyaban, en lo esencial, sobre el desfase que no podíamos dejar de constatar entre nuestras observaciones de campo y el tipo de “resultados” publicados en las encuestas producidas por las instituciones de encuadre (moral y escolar) de la juventud.

Asimismo, la encuesta que habíamos realizado en 1971, en aquel entonces investigadores debutantes, sobre las prácticas de reclutamiento de pequeños patrones parisinos empleadores de jóvenes sin calificación²⁴, un ambiente percibido en la época como particularmente “arcaico” y destinado a una pronta desaparición, describía formas de dominación, en definitiva, próximas a las que podemos observar hoy en los universos profesionales que se han beneficiado de los progresos técnicos más espectaculares, en particular en el mundo de la informática (*Une génération d'autodidactes*, 2000) o en los universos culturales (pienso en los museos, en el mundo de la edición o de la prensa, etc.) utilizadores hoy de un mercado ilimitado de intelectuales precarios (*Le 'relationnel' comme pratique et comme croyance*, 2006). Este primer contacto con el “trabajo de campo” nos había dado la oportunidad, quizás única en el marco de una encuesta institucional, de observar un mercado de trabajo que ligaba íntimamente los puestos a las características no solamente económicas, sino también biográficas de los empleadores (pequeños patrones en decadencia, violentamente opuestos al mundo estudiantil y a los valores de la Escuela). Los criterios de contratación así como la observación de los lugares de trabajo mostraban que los empleos propuestos a los jóvenes sin calificación no correspondían a tareas técnicas precisas. Esos empleos eran en su conjunto polivalentes e intercambiables. Se resumían en el saber-hacer que se espera comúnmente de un mandadero o de un empleado de mantenimiento^d para los muchachos, o de una vendedora para las chicas. El denominador común de las exigencias

de estos empleadores, a menudo gente mayor que trabajaba en las ramas en decadencia (indumentaria, textil, pequeños oficios del artesanado, etc.), correspondía a la idea estereotipada de las cualidades atribuidas a la juventud: docilidad, agilidad (facilitando la polivalencia de tareas), inestabilidad relativa ajustada a la precariedad de los puestos, que no ofrecen ni una formación real ni un futuro profesional. Lo que se manifestaba implícitamente a través de estas tareas de límites borrosos (contestar el teléfono y hacer paquetes, un poco de venta y barrer, hacer mandados y dar una mano al patrón, etc.) mezclando estrechamente evaluación “técnica” (saber leer una factura, escribir un presupuesto, etc.), moral (serio, educado, amable con los clientes, servicial, etc.) y físico o étnico²⁵, es la expresión de un vínculo de adaptabilidad a la relación con el patrón y al medio de trabajo más que un ajuste de las competencias a una definición precisa de las tareas.

La relación con el empleador, con los compañeros de trabajo, con la clientela y con el “lugar” de trabajo (el barrio, el taller o la tienda, etc.), la aptitud, en particular, de “adaptarse” al ambiente, de hacer lo necesario para no ser echado –no solamente por el patrón sino también por su familia, los compañeros de trabajo y los clientes–, era la primera condición del contrato. Se trataba de una relación de “servicio” que vincula este tipo de empleos con interacciones próximas a las de la familia y la domesticidad, y que se explica por la existencia de un mercado de trabajo en el cual la separación entre el marco de la vida privada del patrón (y los suyos) y el marco del trabajo nunca se efectúa totalmente; se necesita, entre patrón y empleado, la existencia de una relación no sólo de confianza sino sobre todo de complementariedad, incluso de complicidad. Este caso límite de todo mercado de trabajo tenía el mérito de subrayar la existencia de un modo de dominación que está en el principio de la segmentación a una escala más amplia, y bajo formas más eufemísticas, de los mercados de trabajo de los diplomados.

La biografía como criterio de reclutamiento (las “cualidades privadas”, “la situación personal o conyugal”, las “experiencias profesio-

nales”, etc.) y lo que ella “anuncia” de la dimensión “relacional” de los perfiles laborales, incluso de los más técnicos, aparece como uno de los criterios más determinantes de la segmentación de los mercados de trabajo más allá de los límites de estos mercados, percibidos por muchos economistas como mercados “residuales” de un estado anterior del modo de producción. Sin embargo, las relaciones de trabajo de este tipo son visibles hoy en el conjunto del mundo profesional e incluso entre los obreros, en las empresas industriales productoras de “nuevas tecnologías” como la informática, y en los diferentes mercados de empleos subalternos del trabajo intelectual.

La toma de conciencia de la transformación del mundo de la reproducción social, en efecto, era inseparable de la observación de la “degradación” del mercado. A medida que la contratación se volvía más selectiva, los empleadores se volvían más exigentes desde el punto de vista de las cualidades personales incluyendo a los puestos sin calificación. Consideraban no sólo la buena voluntad sino también las características biográficas de los candidatos: jóvenes, mujeres, inmigrantes o “allegados”, primos o vecinos, convirtiéndose en criterios de segmentación de los mercados del trabajo precario. La confrontación con el mercado de trabajo de los pequeños patronos empleadores de mano de obra joven, la menos calificada, nos motivó a vincular el estudio del mercado de trabajo con la transformación del modo de la reproducción social, particularmente con las formas de familias menos preparadas por la escuela en el trabajo de reconversión de su trayectoria. El desclasamiento de los jóvenes graduados, que se acompañaba de la decadencia de la pequeña burguesía, subrayaba el interés de estudiar conjuntamente las estrategias de reconversión de la pequeña burguesía en donde la posición se apoyaba sobre el capital económico y la proliferación de formas de empleo precarias. Dicho de otro modo, las transformaciones del modo de reproducción social con los “desórdenes” que podía aportar al funcionamiento del mercado de trabajo la resistencia de los desclasados a su propio desclasamiento.

Encuadre

El “estilo” de Bourdieu, un anudamiento de análisis y de micro-socioanálisis

1. Retorno reflexivo, en una nota, sobre el concepto de Campo literario

“Yo había hecho una primera presentación provisoria de los principios metodológicos de las investigaciones sobre los campos literario, artístico y filosófico que se iniciaron en el marco de un seminario ofrecido en la Escuela normal superior entre los años sesenta y ochenta, en tres artículos complementarios: “Champ intellectuel et projet créateur”, *Les Temps modernes* (246, 1966, p. 865-906), “Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe”, *Scolie*, 1 (1971, p. 7-26), y “Le marché des biens symboliques”, *Année sociologique*, 22 (1971, p. 49-126). Debo decir a los usuarios eventuales de esos trabajos que el primero de esos textos me parece a la vez esencial y superado: avanza proposiciones centrales concernientes a la génesis y la estructura del campo, y ciertamente los desarrollos más recientes de mi trabajo, como todo lo que concierne a las parejas de oposición que funcionan como matrices de lugares comunes, de tópicos, se encuentran anunciados; pero contiene dos errores que el segundo artículo apunta a corregir: tiende a reducir las relaciones objetivas entre posiciones a las interacciones entre los agentes y omite situar el campo de la producción cultural en el campo del poder, dejando así escapar el principio real de algunas de sus propiedades. En cuanto al tercero, presenta, bajo una forma un poco abrupta, los principios que han servido de base a los trabajos presentados aquí y a todo un conjunto de investigaciones conducidas por otros: *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire, questions de méthode*, II, Editions du Seuil, 1991, chapitre 1 (p. 260).

2. Uso de los paréntesis por anticipación de una lectura “sociologista” de la noción de crisis (personal)

“El retorno a las realidades, verdadero retorno de rechazo social (que no tiene nada que ver con lo que se entiende comúnmente como “toma de conciencia”), y el desmoronamiento de las defensas opuestas por largo tiempo al descubrimiento de la verdad objetiva de la posi-

ción ocupada, pueden tomar la forma de una crisis cuya violencia es sin duda mucho más grande cuando fue postergada por largo tiempo (cf. la “crisis de la cuarentena”) y que puede encontrar en la crisis colectiva un detonador y una ocasión de expresarse, bajo una forma más o menos sublimada (como lo testimonian todos los casos de conversión ética o política asociados a la crisis de mayo). *Homo Academicus*, 1984, chapitre 5: “Le moment critique” (p. 219).

3. Uso de notas, incisos y subtítulos

“Me las he ingeniado para dejar las contribuciones teóricas más importantes en incisos o notas o para comprometer mis preocupaciones más abstractas en análisis hiper-empíricos de objetos socialmente secundarios, políticamente insignificantes e intelectualmente desdeñados”, *Esquisse pour une auto-analyse* (p. 132).

“Solamente el subtítulo da a veces una idea del desafío teórico de los libros. Semejante toma de partido por la discreción tiene que ver sin duda también con la visión doble, desdoblada (y contradictoria) que yo tengo de mi proyecto intelectual: a veces soporte e incluso un poco jinete (en la lógica: comprenda quien pueda) y ascético (la verdad se merece y *khalepa ta kala*, “las cosas bellas son difíciles”)...”, *Esquisse pour une auto-analyse* (p. 133).

Resumen

La sociología empírica, a comienzos de los años 1960 en Francia, no tenía una existencia institucional susceptible de estructurar un proyecto en común, si por esto se entiende la existencia de un verdadero curso de formación, modelos a imitar dejados por las generaciones precedentes y, finalmente, salidas profesionales cuyos criterios de reclutamiento y de éxito se apoyan precisamente sobre una deontología profesional específica. Este débil grado de institucionalización de la profesión de sociólogo puede explicar a la vez la poca homogeneidad en las formaciones de los investigadores, la diversidad de sus trayectorias así como la gran heterogeneidad de las “producciones científicas”. Este artículo, que se apoya en los testimonios de miembros del “equipo Bourdieu”, despeja tres modelos de reconversión hacia la sociología: filósofos reconvertidos en investigadores autodidactas en ciencias sociales, militantes políticos y, finalmente, profesores de disciplinas literarias que buscaban en el modelo “artista” los esquemas de una ruptura con una visión académica de las ciencias sociales: la noción de “intelectual colectivo” tiende a conciliar en un proyecto común de socioanálisis las contradicciones de estos modelos vocacionales diferentes.

Palabras clave: Socioanálisis, *habitus*, campo científico, disciplina emergente, reconversión, vocación.

Abstract

Empirical sociology, in the early 1960s, in France, had no institutional existence capable of structuring a common project, in terms of the existence of a real course of training, role models left by previous generations, and finally, career and recruitment criteria of success based precisely on a specific professional ethics. This slight degree of institutionalization of the profession of sociologist can explain both the lack of uniformity in the training of researchers, the diversity of their paths and the large heterogeneity of the «scientific productions.» This article, which is based on the testimonies of members of the «Bourdieu group», shows three models for conversion to sociology: self-taught philosopher-turned-social science researchers, political activists, and finally, teachers seeking literary disciplines in the model of artists with the aim of breaking the schemes of an academic view of social science: the notion of «collective intellectual «tends to reconcile in a joint project of socio-analysis of the contradictions of these different vocational models.

Keywords: Socioanalysis, *habitus*, scientific, emerging discipline, conversion, vocation.

Notas

¹ Leer a Bourdieu es estar atento a las múltiples formas de auto-análisis insertas en el texto, muy a menudo bajo la forma discreta de un inciso, de una nota o de un (más o menos) largo paréntesis, cf. Encuadre.

² Los dos héroes de la novela de Georges Pérec *Les Choses* (novela emblemática de la primera generación de estudiantes de la expansión escolar) forman una pareja de psicólogos que trabajan en un instituto de marketing. (Sobre la vida de Pérec, a la vez escritor y precursor del modelo del intelectual precario, se puede leer: David Bellos, 1994).

³ El Centro de estudios sociológicos, único laboratorio importante para el trabajo empírico antes de 1960, reunía a la vez normalistas y viejos militantes reconvertidos a la investigación sociológica (Heilbron, 1991).

⁴ Cf : El *postscriptum* de Bourdieu a *Homo academicus*, texto escrito 20 años después de la primera edición, puede ser leído como un autoanálisis de su trayectoria de intelectual becario, “milagro” de la meritocracia escolar.

⁵ Véase Jean-Pierre Faguer (1995).

⁶ Del mismo modo ha ocurrido, al parecer, con los principales sociólogos de la Escuela de Chicago. Para tomar dos ejemplos, con una generación de diferencia: Hughes, cuyo “recorrido corresponde a una de las trayectorias típicas seguidas por los sociólogos universitarios anteriores a 1914” era el “hijo de un pastor metodista perteneciente a una familia de granjeros que produjo numerosos pastores” (Chapoulie, 1997); Goffman, “judío, hijo de inmigrante, provinciano”, alumno de Hughes, (nació en 1922 en Manneville, en la Alberta) era al parecer, “el mal alumno brillante”. Su carrera de estudiante (que lo condujo de Canadá a Chicago) es la de una lenta reconversión hacia la sociología durante los años de la guerra: estudios de química, pase, en 1943, al National Firm Board, en Ottawa, que produjo filmes documentales y propaganda, inscripción en sociología en la universidad de Toronto a comienzos de 1945 (Winkin, 1988).

⁷ Becker (2006).

⁸ Es el tema principal que organiza los análisis de la transformación, después de 1968, del campo de la investigación sobre los jóvenes presentados en el *Bilan des travaux sur les jeunes et l'emploi*, 1977.

⁹ En una recopilación de recuerdos realizada gracias a la colaboración de Patrick Le Galès y Marco Oberti, Henri Mendras se explica cómo ha podido llegar al Centre d'Etudes Sociologique, desde su salida de Ciencias-Po, como colaborador de Friedmann. Pudo beneficiarse, en un lugar de investigación en donde la división del trabajo sociológico, particularmente entre las generaciones, era aún poco rígida, de contactos personales con Stoezel, Friedmann, Gurvitch y Aron, a los que presenta en el libro como los cuatro universitarios que más han marcado su formación. Gracias a Friedmann, obtiene una beca universitaria de un año en los Estados Unidos donde tiene la ocasión de encontrar muchos de los maestros de la Escuela de Chicago, la oportunidad de seguir sus seminarios, de participar en sus trabajos de campo. Lo esencial de su formación profesional, tanto desde un punto de vista técnico como del relativo al manejo de las relaciones profesionales, se realizó “aceleradamente” durante ese

año pasado en el extranjero: “alrededor de los años 50 y 60, es evidente, nuestro ambiente se organizaba en instituciones nuevas que nosotros inventábamos, a nuestra medida y para responder a nuestras necesidades. Siendo todos autodidactas, habíamos seguido nuestro aprendizaje hasta una edad avanzada por una sana emulación: formábamos una especie de escuela mutual” (Mendras, 1995).

¹⁰ El film *Chronique d'un été* realizado en común por Jean Rouch e Edgar Morin durante los años 1959-1960 es a este respecto una producción típica de los deseos “híbridos” de los sociólogos de esta generación de realizar un “objeto social total” –la fórmula está en la introducción de Lévi-Strauss a *Sociologie et Anthropologie* publicado en esta época– a partir de un conjunto de cuestiones típicas de autodidactas (¿ustedes son felices?). Sobre las condiciones de producción de este filme y las tensiones que los acompañaron hasta el fin del montaje, se pueden leer los testimonios divergentes de Jean Rouch y Edgar Morin en: Jean Rouch, Edgar Morin, *Chronique d'un été*, Inter Spectacles, hiver 61-62, Domaine Cinéma 1.

¹¹ Para una historia de las diferentes etapas de la constitución, en Francia, de una sociología empírica como disciplina autónoma, con la creación de sus propias instancias de evaluación y legitimación: Pollak (1976).

¹² Frei (1971).

¹³ Pierre Bourdieu retoma la noción de gramática para tratar de volver inteligible aquello que puede ser “el espacio de los posibles” de la producción literaria: “verdadera ars obligatoria, como diría la escolástica, define a la manera de la gramática, el espacio que es posible, concebible, en los límites de un cierto campo, que constituye cada uno ‘elecciones’ operadas (...) como una opción gramaticalmente conforme (por oposición a las elecciones que hacen decir de su autor ‘que ellas hacen no importa qué’) ; pero es también un ars inventiendi que permite inventar una diversidad de soluciones aceptables en los límites de la gramaticalidad”. Cf. *Les règles de l'art*, p. 328.

¹⁴ Por ejemplo, la manera en que Leo Spitzer describe el estilo de Proust, su inquietud por mostrar que lo implícito del estilo, la “tensión” está del lado de las cualidades morales, aquellas que señalan la fuerza de la atención acordada al mundo y en las cuales se puede revelar la marca o al menos la tendencia a un cierto desdoblamiento de sí: “este arte del período superior, Proust lo ubica a mi entender en su facultad de ver simultáneamente las cosas más diversas. Se necesita un extraordinario dominio sobre las cosas para lograr una narración tan compleja, clasificar los hechos en su dependencia respectiva, poner en su justo lugar los trazos principales y accesorios: una frase central, de estructura muy clara (...), una multitud de afluentes (...); el “río” en sí mismo se divide a veces en dos brazos (Spitzer, 1970).

¹⁵ Pensamos aquí en el análisis presentado por Didier Anzieu sobre las condiciones sociales que condujeron a Freud a “la invención” del psicoanálisis (Anzieu, 1975). Nos apoyamos aquí, en particular, sobre los análisis presentados en el capítulo primero que evocan los obstáculos sociales que habrían desviado a Freud de la carrera universitaria como tantas condiciones favorables desde el punto de vista de la elaboración de técnicas e hipótesis de trabajo

que implementó en un marco profesional menos sujeto a las presiones y a las (auto)censuras del mundo universitario.

¹⁶. Ver Hughes (1996).

¹⁷. Luc Boltanski, *Rendre la réalité inacceptable*. A propósito de la producción de la ideología dominante, op. cit.

¹⁸. Sobre los obstáculos que presentaba la formación filosófica a la adhesión a la sociología, en particular a la sociología empírica, percibida, a menudo, como “vocación negativa”, cf. P. Bourdieu, *Postscriptum à Homo academicus*, 2002.

¹⁹. Ver Ben-David, Joseph y Collins, Randall (1966). En francés: Ben-David, Joseph y Collins, Randall (1997).

²⁰. Ver Bourdieu (1995).

²¹. Evoco aquí únicamente los trazos de mi trayectoria social que son comunes al conjunto de sociólogos de mi generación para comprender mejor lo que esta trayectoria podría tener de empresa colectiva de acumulación orientada a realizar el ideal de un “intelectual colectivo”. Este análisis personal se vuelve en mi caso un análisis “impersonal”. En efecto, un autoanálisis completo y sistemático implicaría tomar en cuenta variados tipos de factores entre los que me contento aquí con desarrollar únicamente el factor principal:

1) Las resistencias de las instituciones “productoras de encuestas”, en mi caso, los centros de investigación de los que he sido miembro, sus relaciones con el poder político y, más sutilmente, con el poder académico, las formas de colaboración, pero también de competencia (fuentes de conflictos) entre investigadores, disciplinas, etc.

2) Las resistencias del campo de recepción de la sociología (el “público” especialista pero también, más ampliamente, los ideólogos productores de representaciones legítimas de la vida moral y de la vida política: periodistas, críticos, medios). De ahí los problemas específicos de escritura de la sociología para “deconstruir” las representaciones espontáneas del mundo social producidas por los intelectuales (del que un cierto “sociologismo” es hoy, quizás, la forma más temible: es preciso rechazar, de antemano las refutaciones tales como “todo lo que usted dice, es sabido”, es “reduccionista”, “vulgar”, “superado”, etc.)

3) Las resistencias personales que son el producto de nuestra educación (familiar, social y escolar): comprender cómo ellas se inscriben en nuestro amor propio, nuestra identidad, nuestro “estilo” de escritura y de trabajo (Dicho de otro modo, se hace sociología tanto con su formación como contra ella).

²². Ver Pinto (1990).

²³. Ver Weber (2006).

²⁴. Ver Gabrielle Balazs y Jean-Pierre Faguer (1979).

²⁵. Aproximadamente un ofrecimiento sobre cinco precisaba: “francés de Francia”, “metropolitano únicamente” o “se acepta extranjero pero de piel blanca”.

²⁶. Bibliografía selectiva de trabajos personales utilizados implícitamente en el análisis presentado en este artículo (con indicación de traducciones en español y en portugués).

Notas del Traductor

^a “khâgneux”: alumnos de “khâgnes”, clases preparatorias, en las escuelas secundarias (lycées), sección letras, para los concursos en las escuelas normales superiores, entre las cuales la más prestigiosa es la Escuela Normal Superior de “la rue d’Ulm”, en París. Se denomina “taupins” a los alumnos de las clases preparatorias sección científica (“taupes”) para las escuelas normales superiores y para las escuelas de ingenieros. Para comprender la función elitista de estas clases es necesario tomar en cuenta la dualidad del sistema de educación superior en Francia: los centros de preparación para las Grandes Escuelas (cuyo origen se remonta a la época napoleónica) contribuyen a la reproducción social de las élites mientras que las universidades están abiertas al conjunto de los bachilleres. La dualidad del sistema educativo francés es uno de los temas principales de la sociología de Bourdieu, puede consultarse al respecto *La Noblesse d’Etat. Grandes écoles et esprit de corps*. Les éditions de Minuit, 1989 (Esta nota es producto de la consulta personal al autor).

^b En el original, “chantiers”.

^c En el original, “brouillon”.

^d En el original, “manutentionnaire”.

Bibliografía

Pierre Bourdieu:

- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.-C., PASSERON J.-C., **Le métier de sociologue**, Mouton-Bordas, París, 1968.
- BOURDIEU, P., **Homo academicus, Les éditions de Minuit**, París, 1984, (2002, nueva edición aumentada con un postscriptum: «20 ans après», pp. 289-307).
- BOURDIEU, P., **Les règles de l’art**. Genèse et structure du champ littéraire, Editions du Seuil, 1991.
- BOURDIEU, P., «Introduction à la socioanalyse», **Actes de la recherche en sciences sociales**, 90, 1991, pp. 3-5.
- BOURDIEU, P., «Sur les rapports entre la sociologie et l’histoire en Allemagne et en France», **Actes de la recherche en sciences sociales**, pp. 106-107, mars 1995.
- BOURDIEU, P., **Les usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique**, Inra Editions, París, 1997.
- BOURDIEU, P., **Science de la science et réflexivité**, Raisons d’agir éditions, París, 2001.
- BOURDIEU, P., **Le bal des célibataires**. Crise de la société en Béarn, Editions du Seuil, París, 2002.
- BOURDIEU, P., **Esquisse pour une auto-analyse**, Raison d’agir éditions, París, 2004.

Colaboradores:

- BOLTANSKI, L., **Rendre la réalité inacceptable à propos de la production de l’idéologie dominante**, Editions Démopolis, París, 2008.

- DELSAUT, Y., RIVIÈRE, M.C., **Bibliographie des travaux de Pierre Bourdieu suivi d'un entretien sur l'esprit de la recherche**, Le temps des cerises, 93500 Pantin, 2002.
- GRIGNON, C., «Le savant et le lettré ou l'examen d'une illusion», **Revue européenne des sciences sociales**, t. XXXIV, 103, 1996, pp. 81-91.
- POLLAK, M., «La planification des sciences sociales», **Actes de la recherche en sciences sociales**, 1976, 2-3, pp. 105-121.
- SAYAD, A., **Histoire et recherche identitaire**, seguido de una entrevista a Hassan Arfaoui, Editions Bouchène, 2002.
- YACINE, T., Présentation: «Bourdieu en Algérie et Bourdieu et l'Algérie» en: Pierre Bourdieu, **Esquisses algériennes**, Editions du Seuil, Paris, 2008.

Otros trabajos:

- ANZIEU, D., **L'auto-analyse de Freud et la découverte de la psychanalyse**, Presses universitaires de France, Paris, 1959, (nueva edición, dos tomos, 1975).
- BECKER, H. S., **Les mondes de l'art**, Flammarion, Paris, 2006.
- BELLOS, D., **Georges Perec. Une vie dans les mots**, Editions du Seuil, 1994.
- BEN-DAVID, J., **Eléments d'une sociologie historique des sciences**, Presses universitaires de France, Paris, 1997.
- BEN-DAVID, J. y COLLINS, R. "Social factors in the origins of a new science: the case of psychology", en **American Sociological Review**, August 1966, Volume 31, Nº4.
- CHAPOULIE, J.,M., «E. C. Hughes et la tradition de Chicago», en: Hughes, E., C., **Le regard sociologique**, Essais choisis, textes rassemblés et présentés par Jean-Michel Chapoulie, Editions de l'EHESS, Paris, 1996.
- FREI, H., **La grammaire des fautes**. Introduction à la linguistique fonctionnelle, assimilation et différenciation, brièveté et invariabilité, expressivité, Slatkine, Genève 1971 (reimpresión de la edición de Paris-Genève, 1929).
- HEILBRON, J., **Naissance de la sociologie** (traducción del neerlandés por Paul Dirckx), Agone, Marseille, 2006.
- HEILBRON, J., «Pionniers par Défaut? Les débuts de la recherche au Centre d'études sociologiques (1946-1960)», **Revue française de sociologie**, XXXII, 1991, pp. 365-379.
- HOUEVILLE, G., **Le métier de sociologue en France depuis 1945**, Renaissance d'une discipline, Préface de Charles Suaud, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2007.
- HUGHES, E. C. **La place du travail de terrain dans les sciences sociales**. 1996.
- MENDRAS, H., **Comment devenir sociologue**. Souvenir d'un vieux mandarin, Actes sud, Toulouse, 1995.
- PINTO, J. "Une relation enchantée, la secrétaire et son patron", en **Actes de la recherche en sciences sociales**, 84, 1990, p. 32-48.
- SPITZER, L., «Le style de Marcel Proust» en: **Etudes de style**, précédé de Léo Spitzer et la lecture stylistique de Jean Starobinski, Gallimard, 1970, pp. 397-473.
- WEBER, M., **La science, profession et vocation** (traducción de Isabelle Kalinowski), seguido por «Leçons wébériennes sur la science et la propagande» por Isabelle Kalinowski, Agone, 2005.

WEBER, M., **Sociologie de la religion**, traducido y presentado por Isabelle Kalinowski, Flammarion, Paris, 2006 (traducción de una de las secciones de *Economie et société*).

WINKIN, Y., «Erving Goffman: Portrait du sociologue en jeune homme» en: Goffman, E., **Les moments et leurs hommes**, textos recogidos y presentados por Yves Winkin, Editions du Seuil, Minuit, Paris, 1988.

Para una crítica reflexiva de las instituciones de reproducción de sociólogos

Trabajos personales²⁶

Escuela (diversificación de centros de elite, encuadre moral y formación profesional)

Jean-Pierre Faguer, «Les effets d'une éducation totale, un collège jésuite, 1960», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 86-87, 1991, pp. 25-43.

- Traducción portuguesa: 1997, «Os efeitos de uma 'educação total': Um colégio jesuita, 1960», **Educação e Sociedade**, 58, Campinas, S.P., Brasil, pp. 9-54.

Jean-Pierre Faguer, **Khâgneux pour la vie, une histoire des années soixante**, Centre d'études de l'emploi, Paris, 1995.

Jean-Pierre Faguer, «Révolutionnaires sans révolution: déclassement et reconversion d'une élite intellectuelle» en: **Littératures et pouvoir politique**, Mihai Dinu Gheorghiu éd., Editions Paralela, Bucarest, décembre 2005, pp.31-51.

Jean-Pierre Faguer, «L'école libératrice: l'expérience de la violence douce», en: «Taos Amrouche, une féministe avant l'heure?», *Awal*, 39, 2009, pp. 25-34, **Mundo económico** (mercado de trabajo, pequeños patronos y grandes firmas)

Gabrielle Balazs, Jean-Pierre Faguer, «Jeunes à tout faire et petit patronat en déclin», **Actes de la recherche en sciences sociales**, 1979, n° 26-27.

Jean-Pierre Faguer, «L'embauche des jeunes en période de chômage», en: «De l'école à l'emploi», **Cahiers du Centre d'Etudes de l'Emploi**, n° 26, PUF, Paris, 1983, pp. 395-437.

Gabrielle Balazs, Jean-Pierre Faguer, «L'évaluation, une nouvelle forme de management», **Actes de la recherche en sciences sociales**, 1996, n° 114.

Gabrielle Balazs, Jean-Pierre Faguer, Françoise Laroche, **Bilan des travaux sur les jeunes et l'emploi**, Dossiers du Centre d'études de l'emploi, n° 9, Paris, La Documentation française, 1997, (reedición del documento de 1977 con un prefacio inédito de Jean-Pierre Faguer).

François Bonvin, Jean-Pierre Faguer, «Une génération d'autodidactes», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 134, 2000, pp. 78-83.

Jean-Pierre Faguer «Le 'relationnel' comme pratique et comme croyance», in: Kalinowski, Isabelle et Rimbart Gérard, (org.), «La joie de servir», Les éditions Agone, Philosophie, Politique et Sociologie, n° 37, 2007, pp.185-203.

Familia (educación y división familiar del trabajo de encuadre moral)

Gabrielle Balazs, Jean-Pierre Faguer, «Un conseil de classe très particulier», **Actes de la recherche en sciences sociales**, 1986, n° 62-63, pp. 115-117.

Gabrielle Balazs, Jean-Pierre Faguer, «Que deviendront-ils? Les effets sociaux de la caméra», **Actes de la recherche en sciences sociales**, n° 86-87, mars 1991, pp. 92-98.

- Traducción portuguesa 1997, «O que eles se tomarao? Os efeitos sociais da Câmera», **Ca-**

deros Cedex, 42, Campinas, S.P., Brasil, octubre, pp. 11-28 .

Jean-Pierre Faguer, «Epouse et collaboratrice», en : P. Bourdieu, (org.), **La Misère du monde**, Paris, Seuil, 1993, pp. 809-822.

- Traducción portuguesa 1997, «Esposa e colaboradora» in Bourdieu P. (org.), **A Miséria do Mundo**, Petropolis, Editora Vozes.

- Traducción española 1999, «Esposa y colaboradora» en Bourdieu P. (dir), **La Miseria del Mundo**, Madrid, Ediciones Akal; Buenos Aires, Mexico, Fondo de Cultura Economica de Argentina.

Jean-Pierre Faguer, «Creuser l'intime: les implications relationnelles d'un entretien filmé», **Communications**, Ehes, Cetsah, nº80, Seuil, 2006, pp. 89-102.